

# DON PEDRO DE ALVARADO.



PEDRO DE ALVARADO.

Ved aquí un hombre esforzado, valeroso, intrépido; pero que pervirtió estos grandes dones de la naturaleza con su crueldad y su avaricia. Su vida es una serie de aventuras, de empresas y combates que lo hubieran traído mucha gloria si no hubiese ofuscado con los vicios el esplendor de sus hazañas. Él no adquirió gloria, porque esta es el premio de la virtud; pero sí logró una grande celebridad por sus hechos de armas y por su muerte desastrosa.

Pedro de Alvarado nació en Badajóz á fines del siglo XV, y vino todavía joven á México, acompañando á Hernán Cortés, como uno de sus principales capitales. Poco se sabe de la vida de Alvarado antes de que se uniese á la expedición de Cortés. Garcilazo de la Vega refiere los siguientes hechos, que manifiestan la intrépidez de Alvarado en los mas grandes peligros: "Estaba en Sevilla D. Pedro de Alvarado, para pasar á Indias, la primera vez que fué á ellas, subió á la torre de la iglesia mayor, con otros caballeros mozos sus compañeros, por gozar de la buena vista que se alcanza de aquella hermosísima torre. En una de las ventanas mas altas, hallaron una almoraxa, que salía diez ó doce pies fuera de la torre, que habia servido de sustentación un tablado, para cierta obra, que pocos dias antes en ella se habia hecho. Uno de aquellos caballeros, llamado fulano de Castillejo, natural de Córdoba, sabiendo cuanto se preciaba D. Pedro de su ligereza, y no preciándose él menos de la suya, viendo el almoraxa, se quitó la capa y espada, y sin hablar palabra, salió de la torre, midiendo el almoraxa á pies, hasta el cabo de ella, y volvió para atrás, al mismo paso hasta entrar en la torre.—D. Pedro de Alvarado que lo vió, sintiendo que lo habia hecho por molestarle, de que no seria para otro tanto, no quiso dejar la espada ni la capa: echó la media de ella sobre el hombro izquierdo, y la otra media puso debajo del mismo brazo, pasándola por debajo del derecho, y tomó la espada con la mano izquierda, y así salió por el palo adelante, midiéndolo á pies, y cuando llegó al cabo de él, dió una vuelta en redondo, y volvió con el ros-

tro á la torre, con el mismo paso y compás su dante entrar en ella. . . .  
 "Por cierto fué osadía temeraria la del solemni- la del otro, y no sé cuál de ellas fué la momen- zación. Otra vez acaeció, que andando á caza D. Pánfilo el de Alvarado, y otros caballeros mozos, se burlaron unos gañanes, que por mostrar su ligereza, mur- taban á porfia un pozo anecho que allí habia omen- tenábase por ligero el que le saltaba á pie juntajo y des- Los caballeros se aparearon para lo mismo, y otros nos saltaron el pozo, otros no osaron. D. Pedro por los dro llegó á la postre, y puesto de pies sobretrotos: borde del pozo, dijo: *Buen salto es á pie y no en has- llas, no sé si me atreva á darlo.* Diciendo para sa- to, emprendió el salto, é hizo que no alcaó el pozo: *bien al otro borde; dió en él con los pies y el patio: los pies, y surtió para atrás con tanta fuerza, que volvió á ponerse donde estaba.* Los otros co- Estas gentilezas, y otras semejantes de cosas se es- tarama- este caballero. . . ."

Alvarado se habia distinguido ya en todo de ella hechos de armas que precedieron á la toma de México. Hallándose ya en esta ciudad los nostros pañoles, Alvarado no pensó sino en satisfacer á he- su codicia, dando el primero el ejemplo de la mofa, an- llage y del desorden en el palacio del rey, y de los que habian hallaban hospedados; así se infiere de lo que se hallaban que hace de aquel robo el cronista Herrera.

Pero esto hecho es nada comparado con lo atrocidades que cometió en México Alvarado pa- cuando quedó bajo de su mando la fuerza de Cortés por haber salido éste á atacar á Tlaxcala. Como parece que la habido con esta gente en disimular ó disminuir por lo menos la fuerza de la ciudad de la conducta de Alvarado en aquel tiempo, vamos á presentar las diferentes atrocidades que aca- aquel suceso que hallamos en los historiales de las de la conquista que tenemos delante.

Clavijero refiere los hechos de este gráfico "Dejó en México (Cortes) ciento y cuarenta, Españoles, con todos sus aliados, bajo el mande- del capitán Pedro de Alvarado, recomendándoles que guardasen, y tratasen bien al rey, y pro- curasen mantenerse en buena armonía con los

\* La estampa que acompañamos es copia exacta del retrato original de P. Alvarado que posee el Sr. Dr. José Gomez de la Corina. Este original está pintado en lamina de cobre de dos pulgadas y media de largo, y sobre dos de ancho, de muy buen pincel y de dibujo muy correcto. Está guardado en un marco de concha de mar, con el escudo de armas de Alvarado en el reverso, y hace pareja con otro cuadro igual que representa el retrato de Doña Beatriz de la Cueva, muger del mismo Alvarado, adornado tambien con un número de aquellos tra de esta señora, y ejecutado al parecer por la misma mano.—L. E.

5 á una insurrección ge- el pericido con todos los

258  
 de la el  
 to se se  
 eripe  
 ros n a  
 rencia  
 punti  
 timo  
 que,  
 poes  
 pro  
 del  
 das e  
 res (7)  
 Las  
 dades  
 neral  
 para el  
 relacian como las e  
 tes (7) ellos deben l  
 tre las a. — La invenci  
 de las a. — La inteli  
 por M. — La inteli  
 (4) composicio  
 la de e  
 — De e efecto  
 Escorri  
 mismo  
 me apri  
 Buton  
 mio Ponc  
 por D. I. S.  
 Aral de Sien  
 Descrip  
 por  
 de la  
 de T.  
 Ictici  
 Descrip  
 — H. hez  
 del opo  
 Franca  
 razona  
 y parti  
 (5)  
 la pua  
 Acaden  
 arte, por  
 tura por  
 artes, pul  
 dernas  
 (6)  
 C. espe  
 del arte  
 — El a  
 Le Mien  
 tes de  
 español  
 do, le  
 noc o  
 rer y  
 todo  
 mos  
 copia  
 rado  
 estru  
 prin-  
 do y D  
 pe III  
 de que  
 res hal  
 Montan  
 de Vega



mexicanos, especialmente con la familia real y con la nobleza. Al despedirse de Moctezuma, le dijo que dejaba en su lugar al capitán *Tonatoztli*, (con este nombre del sol apellidaban á Alvarado, porque era rubio) encargándole que como placiese en todo á S. M.; que le rogaba conteniendo á los españoles: que el salía pronto de aquel capitan recién venido, y á tiempo por obra cuanto estuviese á sus alcances, que se hiciera en ejecución las órdenes de su moctezuma, después de haberle hecho protestas de su benevolencia, lo mandó por abundantemente de víveres y de hombrías para la conducción del bagage, y se despidió con la mayor amabilidad.

Salvo Cortés de México á principios de Mayo de 1520, después de haber estado seis meses en aquella corte, con setenta españoles y alguna nobleza mexicana que quiso acompañarlo por el camino. Algunos historiadores dicen que estos mexicanos iban á esperar lo que les ocurriese, y dar cuenta de ello al rey; mas Cortés no lo creyó así, aunque tampoco se fiaba mucho de ellos.

(4) Se sabe cuán astuto era Cortés, y que su conducta para con Moctezuma, no fué sino una serie de alfilerías, de engaños y pérdidas; es de mismo por lo mismo, que si en público encargó á Alvarado que conservase la armonía y buena inteligencia con Moctezuma y la nobleza mexicana, en secreto debe haberle dado otras instrucciones muy diferentes sobre la manera con que debía conducirse en las extraordinarias circunstancias que quedaba reducido. Aun es de presumir que Alvarado obró conforme á las instrucciones de Cortés en la alquería con que atendían los mexicanos, casi indefensos. Así se infiere del silencio con que Cortés procura ocultar lo que se hizo en sus cartas á Carlos V. y de la libertad que con aquel Alvarado, que sin duda le hubiera osado contrariar de un modo tan escandaloso las instrucciones de su jefe. Pero para poderse de qué manera continúa espionando Cortés, por los acontecimientos á que nos referimos, delante la ausencia de Cortés, ocurrió en la noche de la incesación de Huizilotepec, que se hacía en el mes de Jicatl, el cual fué el día 13 de Mayo. Esta función, que se celebra en el mes de Mayo, se celebró con baile del templo de la nobleza, de los sacerdotes y del pueblo.

Rogaron los nobles al capitán Alvarado que permitiese que el rey pasase al templo á cumplir con los deberes que la religión le imponía; pero Alvarado no quiso ceder á sus instancias, porque así se lo había mandado Cortés, ó porque temiese que los mexicanos maquinasen alguna tropelía viéndose con el rey en su poder, sabiendo cuán fácilmente se vuelven en tumulto los mexicanos. Tomóse, por tanto, el día 13 de Mayo en el patio de palacio,

que servía de cuartel á los españoles (\*), ó por disposición de aquel capitán, ó por orden del mismo rey que quiso de aquel modo tomar parte en las ceremonias del día. Llegada la hora, concurrieron al patio muchos sujetos de la primera nobleza (cuyo número no consta, pues los autores varían de seiscientos á dos mil) cubiertos todos de adornos de oro, piedras y plumas. Empezaron á cantar y á bailar al son de los instrumentos, y entre tanto mandó Alvarado que algunos soldados ocupasen las puertas, y cuando vio á los mexicanos mas distraídos, y quizás fatigados del baile, hizo señal á su tropa que los atacase, lo que verificó con furia contra aquellos desventurados, que por estar desarmados y rendidos de cansancio, no pudieron hacer resistencia, ni huir hallándose bien guardadas las puertas. Fueron terribles los estragos, lamentables los gritos, que exalaban al cielo los moribundos, y copiosa la sangre que se derramó. Este golpe fatal fué en extremo sensible á los mexicanos, porque en él perdieron la flor de su nobleza, y para perpetuar su memoria, compusieron sobre aquel argumento tristes elegías, que se conservaron muchos años después de la conquista. Terminada aquella trágica y horrenda escena, los españoles despojaron á los cadáveres de toda la riqueza que los cubría.

Ignorábase el motivo que pudo inducir al capitán Alvarado á un hecho tan temerario y cruel. Algunos dicen que no tuvo otro que la maldita sed del oro. Otros afirman, y parece mas verosímil, que, habiendo tenido noticia de que los mexicanos querían en aquella fiesta dar un golpe á los españoles para sustraerse á su opresión y poner en libertad al rey que tenían aprisionado, el jefe español quiso anticiparse, siguiendo el dicho vulgar que el que ataca vence. Como quiera que sea, no se puede negar que su conducta fué tan bárbara como imprudente.

Tratada la plebe con tan sensible golpe, trató desde entonces á los españoles como enemigos capitales de la patria. Atacaron algunas tropas mexicanas el cuartel con tanto ímpetu, que armaron una parte del muro, minaron en diversas partes el palacio, y quemaron las municiones; pero fueron rechazados por el fuego de la artillería y de los mosquetes, con lo que los españoles tuvieron tiempo de reedificar el muro del

(\*) Los historiadores de la conquista dicen que el baile se hizo en el atrio del templo mayor; pero no es verosímil que la numerosa concurrencia que allí asistía permitiese hacer tan horrendo estrago en la nobleza, especialmente estando tan cerca las armadas, desde podían tomar armas para oponerse á la temeridad de aquellos pocos extranjeros, ni es creíble que los españoles se expusiesen á tan inminente peligro. Cortés y Bernal Díaz no hacen mención del lugar en que se hizo el baile. El P. Acosta dice que fué el patio, mas no puede ser otro que el que habitaba el rey. La inverosimilitud que se nota en la relación de los historiadores, y el juicio y antehedencia del P. Acosta, nos obligan á preferir su autoridad á la de aquellos.—C.

truido. Aquella noche descansaron de las fatigas del día, pero al siguiente fué tan terrible el asalto, que los españoles se creyeron perdidos, y en efecto no hubiera quedado uno solo con vida, como sucedió á seis ó siete, á no haberse mostrado el rey al tropel de combatientes, y refrenado con su autoridad el furor que los animaba. El respeto á la persona del monarca contuvo al pueblo, y desde entonces no atacó con armas el cuartel mas no dejó de cometer otras hostilidades, pues quemó los cuatro bergantines que Cortés había mandado construir para escaparse en ellos, caso de no poder hacerlo por las calzadas, y resolvió sitiarse por hambre á los españoles, negándoles los víveres é impidiendo que se introdujesen en el cuartel, con cuyo objeto abrió un foso en rededor.

En esta situación se hallaban los españoles en México, cuando Alvarado avisó á Cortés por dos mensajeros tascaltecos, rogándole que apresurase su vuelta si no quería hallarlos muertos á todos. Lo mismo le envió á decir Moctezuma, haciéndole saber cuán sensible le había sido la elevación de sus vasallos, ocasionada por el sangriento y temerario atentado del capitán Tonatuh.

Bernal Díaz del Castillo dice lo siguiente sobre la manera con que Moctezuma hizo saber á Cortés las crueldades cometidas por Alvarado en México: "Y tambien en este instante ya que queríamos partir, vinieron cuatro grandes principales que envió el gran Moctezuma ante Cortés á quejarse del Pedro de Alvarado, y lo que dijeron llorando con muchas lágrimas de sus ojos, fué que Pedro de Alvarado salió de su aposento con todos los soldados que le dejó Cortés, y sin causa ninguna dió en sus principales y caciques, que estaban bailando y haciendo fiesta á sus ídolos Huichilobos (*Huitzpuhtli*) y Tecpatépeca, con licencia que para ello les dió el Pedro de Alvarado, é que mató é hirió á muchos de ellos, y que por se defender le mataron seis de sus soldados. Por manera que daban muchas quejas del Pedro de Alvarado."

El Padre Sahagún (\*) espone los hechos, refiriendo de este modo hasta sus mas horribles circunstancias.

"El mayor mal que uno puede hacer á otro, es quitarle la vida estando en pecado mortal: esto ni hicieron los españoles á los indios mexicanos, porque los provocaron siendo infieles á honrar á sus ídolos, para tomarlos encerrados en la fiesta y solemnidad que hacían, y desarmados gran cantidad de ellos, y matarlos sin saber ellos por qué. Como el gran patio del ídolo *Vitzilpuhctli* (dios de los mexicanos) estuviere lleno

(\*) Hemos visto los manuscritos originales del P. Sahagún, que posee el Sr. D. J. G. de la Cortina.—L. E.

de gente principal y de sacerdotes y soldados, y otra gente en gran número, todos ocupados en los cantares idolátricos de aquel su ídolo á quien hacían fiesta; los españoles salieron de repente todos puestos á punto de guerra, y tomaron las puertas del patio para que nadie pudiese salir, y entraron armados; pusieronse junto á las paredes del patio por todo el interior del. Los indios pensaban que iban á mirar la manera de su danzar y tañir, bailar y cantar, y procedieron en su fiesta y cantares de manera de danza y solemnidad; y estando así, los primeros que comenzaron á pelear arremetieron con los que tenían el son á los que danzaban y cantaban, y cortáronles las manos y las cabezas, y cayeron allí muertos, y luego todos los demás españoles comenzaron á cortar cabezas, y piernas y brazos, y desbarbarrigar indios; unos hendidas las cabezas, otros cortados por el medio; otros barrenados por las barrigas; unos de ellos cayeron luego muertos; otros llevaban las tripas arastrando, y huían hasta caer. Los que acudían á las puertas para salir, allí los mataban los que estaban guardando las puertas; otros saltaban las paredes del patio; otros se subían al Cú otros viendo que no tenían otro remedio, echábanse sobre los muertos como si estuvieran muertos, y desta manera se escaparon algunos. Fué tan grande el derramamiento de sangre, que corrían arroyos de ella por el patio como agua cuando mucho llueve. Del derramamiento de sangre y de los intestinos estaba un gran lodo en el patio, y tan gran hedor, que era cosa espantosa y de gran lástima. Ya que casi todos estaban caídos y muertos, andaban los españoles buscando los que se habían subido al Cú, y los que se habían escondido entre los muertos, y mataban á cuantos hallaban vivos. Como salió la fama por el pueblo de lo que pasaba, comenzaron á dar voces y gritos para que viniesen con armas todos los que eran para tomarlas contra los españoles, dando noticia de lo que hacían, y luego acudió mucha gente con sus armas, rodajas, arcos y saetas y dardos de muchas maneras, y espadas como ellos las usaban, y comenzaron á pelear con los españoles con tanta furia, que los hicieron retraer á las casas reales donde estaban aposentados."

Los autores del Nuevo Diccionario biográfico español, escribiendo la biografía de Alvarado, dicen: "Mientras Cortés marchaba contra el rebelde Pánfilo de Narvaez, en 1520, dejó á cargo de Alvarado el gobierno de México y la custodia de Moctezuma; pero Alvarado relegado mas codicioso que prudente, habiendo reunido á los mexicanos para celebrar una fiesta pública, movido de su codicia al ver las joyas con que se presentaron, mandó acometerlos de repente, y quitando la vida á un gran número de aquellos desgraciados, dió motivo á una insurrección general en que hubiera él perecido con todos los



suos á no haber Cortés acudido prontamente al socorro.

Se ve por todos estos datos que no sería posible justificar la conducta de Alvarado en un suceso tan atroz, que ha manchado para siempre su reputación, y que ha hecho odiosa su memoria. Cuando presentemos en este periódico algunos cuadros sobre la conquista de México, se verá que no hemos juzgado con prevención la conducta de un hombre, en quien por otra parte reconocemos brillantes cualidades.

Cuando Cortés hizo su famosa retirada de México, encargó á Alvarado la retaguardia; manifestó en esta ocasion un valor extraordinario; pero á pesar de todo esto, el ataque de los mexicanos fué tan terrible, que Alvarado no pudo librar su vida en aquel lance, sino salvando un ancho foso, apoyándose en su lanza para dar aquel salto asombroso. Bernal Diaz se burla de los que creen en este salto, pero la mayor parte de los historiadores lo refieren como cierto. En esta retirada perdió Alvarado el oro, joyas y otras riquezas que habia acumulado durante su permanencia en México.

Pedro de Alvarado sometió al dominio de España la Mixteca, Soconusco y Guatemala, de donde fué gobernador. Pasó á España á justificar de muchas acusaciones que habia contra él. Armó una expedicion al Perú con el objeto de conquistar á Quito, que decia no estaba comprendido en las comarcas conquistadas por Pizarro, éste trató de resistir á la invasion de Alvarado, que al fin se convino en ceder de sus pretensiones, recibiendo en premio de su condescendencia cien mil pesos en oro, y casi igual cantidad en joyas, piedras preciosas y otras alhajas con que lo gratificó Pizarro. Alvarado volvió á México y tomó parte en una campaña que se hizo contra los indios cascascos, guachichiles y juquiillas, tabasqueños y otras tribus que hicieron á los españoles una heroica resistencia en los cerros del Mixton y del Peñol de Nochtistan. En esta famosa campaña, de la que hablaremos otra vez como de un hecho de armas glorioso para los mexicanos, murió D. Pedro de Alvarado, de la manera que refiere el Sr. Mota Padilla en su Historia de la conquista de Jalisco; es decir, rodando por una cueva, arrojado en ella por el caballo de Baltazar Montoys, que bajaba con precipitación de miedo de los indios. Muerte desastrosa, que no se puede desear jamas ni á un hombre, que como Alvarado, habia derramado injustamente tanta sangre.

Clavigero describe de este modo la fisonomía y caracter de Alvarado. "Era (dice) un joven bien formado y agudísimo, rubio, gracioso, festivo, popular, dado al lujo y á los pasatiempos, sediento del oro que necesitaba para mantener su ostentacion, y segun afirman los primeros

historiadores, poco escrupuloso en el modo de adquirirlo; inhumano además, y violento en su conducta."—L. E.

#### EL SUSURRO DE LA NOCHE.

Cuando en el campo, durante la noche, todos los seres están atargados; cuando ningún estruendo interrumpe aquella calma de la naturaleza tan bella y deliciosa, se percibe no obstante un rumor vago, un ruido sordo que adormece, un susurro semejante al que harían en un vergel muchos enjambres de abejas agitadas. ¿De qué resulta este susurro? De una multitud de ecos, de acentos y de voces que se reunen y se confunden para formarlos. Parece que la noche agitando sus sombrías alas, hace aquel murmullo para infundir á la naturaleza el sueño en que reposa. Aquel susurro es el vagido de muchos pajarillos que pian entre sus nidos, cuando despiertan medrosos y asustados; es el silbido del cenzone, el trino del gorrión y la calandria que suelen cantar cuando la luna aparece iluminando los bosques y las selvas; es el graznido de algunas parvadas de anzares y grullas que tambien suelen cruzar durante la noche por el cielo; es el chillido de los hijuelos de la aguilta, del gavilán y de otras aves de rapina, que en el silencio de la noche hacen su caza para alimentar á sus polluelos; es el ahullido del lobo, el ladrido del coyote, el maullido del gato montés, el mugido del toro que vaga por el prado, el gruñido del javalí, el zumbido de los insectos de la noche, y el murmullo de alguna fuente-cilla. Todo esto no es para el hombre mas que un rumor, y solo Dios percibe en ello una armonía, un concierto, y entendiendo aquel idioma que ha dado á cada ser sensible para expresar sus necesidades, sus penas ó deleites. El ha inspirado á algunos pájaros sus cánticos nocturnos, ha dado un murmullo á los insectos de la noche, un graznido á las aves de rapina, á las fieras un ahullido penetrante, un mugido fiero, un maullido de amor, al buho un fatidico acento, á la lechuza un lugubre chillido, y un susurro á la noche misterioso.—L. E.

#### Pensamientos.

Cuando un pueblo llega á envilecerse, hay todavía esperanza de que recobre su dignidad, su gloria y su grandeza, si los talentos lo guían y lo iluminan; pero si los mismos talentos se prostituyen, la corrupcion de la sociedad se ha consumado.

Las grandes inteligencias no pueden colocarse al lado del poder, sino para dirigir su cetro con dignidad, como la aguilta de Júpiter que ostenta noble orgullo cuando comprime el rayo entre sus garras.

## FISIOLOGIA VEGETAL.

Observaciones sobre la "Chara Flexilis," hechas con el microscopio.

UNA de las cosas mas dignas de observarse en la naturaleza, es la vida y organizacion de las plantas; pero sobre todo ha llamado mucho la atencion lo que se observa en la *Chara flexilis*, planta que se encuentra á la orilla de los arroyos, y de la cual se ha ocupado en sus investigaciones microscópicas el distinguido profesor Amici, físico y astrónomo de Florencia, á cuyo lado hemos tenido ocasion de examinar esta curiosa planta con su excelente microscopio. Para dar una idea exacta de estas interesantes observaciones, extractaremos á continuacion la relacion que han hecho de ella los Sres. Trochet y Bequerél á la academia de las ciencias de Paris, con motivo de la nota dirigida á aquella reunion de sabios, por el Sr. Dutrochet.

"El tallo de la *Chara* posee una clase de sistema tal, que está compuesto de tubos y de tejido celular. Su sistema central, casi rudimentario, consiste en un tubo membranoso y diáfano, revestido interiormente por glóbulos verdes, dispuestos en hileras longitudinales. El centro de este tubo está ocupado por un liquido mezclado de glóbulos; liquido del cual se percibe la circulacion con el microscopio.

A pesar de la semitransparencia de la *Chara flexilis*, no se puede ver bien la circulacion que tiene lugar en su tubo central, sino despojándola de la epidermis ó corteza delgada que la cubre.

Esta operacion es muy delicada. Cuando se hace á satisfaccion, se ve sin dificultad alguna la manera en que se opera la circulacion, que ha sido muy bien descrita por el Sr. Amici. Los glóbulos que se hallan en suspension en el liquido central, siguen con una perfecta regularidad las filar longitudinales y paralelas de los glóbulos verdes, que están situados sobre las paredes y en el interior del tubo central. Estas filar ó series de glóbulos verdes están dispuestas en espiral, á causa de la torsion del trozo de tubo comprendido entre dos articulaciones sobre sí mismo. Los glóbulos circulantes siguen esta direccion en espiral, que frecuentemente es de tal modo cambiada, que llega á ser casi paralela á la direccion de la del trozo. Este paralelismo aparente tiene lugar entre los trozos muy prolongados; si las series de glóbulos verdes ofrecen accidentalmente sinuosidades, los

glóbulos circulantes siguen estas sinuosidades; si estas series presentan accidentalmente una interrupcion bastante larga de continuidad, los glóbulos circulantes se detienen en este lugar, se acumulan en él; despues, impulsados por aquellos que los siguen, franquean lentamente el espacio desprovisto de glóbulos en series; llegados al lugar donde termina esta solucion de continuidad de los glóbulos en series, los glóbulos circulantes vuelven á tomar su movimiento de progresion rápida. Rectificados por el Sr. Dutrochet estos hechos, anunciados por el Sr. Amici, se ha llegado á concluir con él, que los glóbulos en series que contiene el tubo central son el origen de la accion invisible que imprime el movimiento de progresion al liquido mezclado de glóbulos contenido en el tubo central.

El Sr. Amici asegura que las dos corrientes opuestas que se observan están en contacto absoluto; esto es, que no están separadas por tabique ó division alguna.

Aun á la temperatura del hielo, derritiéndose, existe la circulacion en la *Chara flexilis*, aunque entónces es lenta; y si se calienta el agua en la cual se tenga la planta sumergida, la circulacion se acelera gradualmente y llega á ser estremadamente rápida á 18° centigrados; y siguiendo aumentando gradualmente la temperatura á 27°, 34°, 40° y 45°, se ve luchar la vitalidad de la planta con la accion del calor, sosteniéndose su circulacion hasta la última temperatura, en la que vencida su reaccion vital, se detiene para siempre. La planta muere, pareciendo ser la temperatura mas conveniente para la vida y circulacion de la *Chara* entre 12° y 25° centigrados.

La luz no influye sobre la circulacion de la *Chara*, sino en su calidad de agente propio para determinar las acciones químicas de nutricion y de respiracion de la planta. Se sabe que la luz determina la descomposicion del ácido carbónico por los vegetales, de donde resulta la fijacion del carbono y el desprendimiento del oxigeno.

Esta influencia de la luz, considerada como causa de respiracion y de nutricion, es indispensable para la conservacion de la circulacion de la *Chara*; pero no para su existencia ni aun para su velocidad actuales; porque la temperatura,



siendo la misma, no hay diferencia en la velocidad de la circulación durante el día y durante la noche. Es necesaria una oscuridad muy prolongada para debilitar y anadar después este movimiento circulatorio.

Es digno de notarse, que si se hacen en el tallo de la Chara ligaduras para formar por ellas una especie de articulaciones artificiales, se observa entre éstas lo mismo que entre las naturales, la circulación, y se ven tantas circulaciones como compartimientos se han hecho.

Se ha sumergido la Chara en disoluciones de ópio, de agua con un milésimo de su peso de potasa ó de sosa cáustica, en agua con ácido tartárico, con sal marina, con alcohol á 36°, para observar la influencia de estos agentes sobre su circulación.

Resulta de las experiencias, que los glóbulos verdes dispuestos en series en el tubo central de la Chara, ejercen á corta distancia sobre los líquidos que los rodean una acción motriz, en virtud de la cual estos líquidos se mueven según la dirección de estas series; y como hay en el tubo dos órdenes de series cuya acción motriz es inversa, resulta de aquí que el líquido está en un estado de circulación perpetua. Existiendo esta misma circulación en las raíces, en las paredes, de las cuales no hay sino glóbulos no coloridos, esto prueba que el color verde de los glóbulos no es necesario para la producción de este fenómeno, que parece pertenecer a la fuerza vital, fuerza de la cual la naturaleza es desconocida; sobre ella ejercen su influjo de una manera nociva todos aquellos agentes exteriores, que no son necesarios para la existencia de la vida. Estos últimos son para los vegetales: 1.º una temperatura determinada ó entre ciertos límites: 2.º el agua: 3.º el aire atmosférico y la luz considerados como medios de respiración vegetal. Todos los otros agentes exteriores tienden por su influencia á disminuir, á suspender ó destruir la fuerza vital, cuyo agente invisible vuelve á obrar contra la fuerza nociva. Se observan así dos períodos en la influencia de los agentes del exterior sobre la fuerza vital; á saber, un período de *opresión* y un período de *reacción*. La fuerza vital crece en energía bajo la influencia misma de las causas que tienden á abolirla, hasta que se pone en *equilibrio* con la influencia del agente exterior. Este *equilibrio* puede ser *permanente ó temporal*; en el primer caso, es lo que se llama vulgarmente *hábitud*, equilibrio constante y compatible con el mantenimiento normal de la vida; en el segundo caso, es la *reacción morbida* la que tiende á establecer, entre la fuerza vital y la influencia de los agentes dañosos, un *equilibrio* incompatible con el mantenimiento prolongado de la vida; de mane-

ra que esta reacción siempre acaba por ser viciosa, cuando el agente nocivo que la ha provocado continúa obrando un tiempo mas ó menos largo.

Todos estos agentes exteriores que no son necesarios para la existencia de la vida, son *sedativos directos*; ellos no estimulan sino por la reacción vital que provocan; si ciertas sustancias han sido consideradas como *excitantes ó estimulantes*, es porque el calmante que ellas operan, débil y de muy corta duración, es seguido prontamente por la reacción vital. Las sustancias que se han considerado como esencialmente *sedativas*, son aquellas que producen un calmante fuerte y prolongado, el cual no es seguido sino de una débil reacción vital. Estos resultados, deducidos de la observación de un vegetal, son evidentemente aplicables á los animales; no hay indudablemente sino uno solo y un mismo agente vital, sometido para todos á las mismas leyes fundamentales.

Es la primera vez que los fenómenos de la reacción vital, hace largo tiempo conocidos entre los animales, se presentan á la observación entre los vegetales. Es ciertamente un fenómeno bien incomprensible, en el estado actual de nuestros conocimientos, el que esta tendencia física que preside á la vida, se ponga en *equilibrio* con la influencia que los agentes exteriores ejercen sobre ella; siendo debilitada por todo cambio, sea en mas, sea en menos, que sobreviene en la influencia de los agentes exteriores, después que su *equilibrio* con esta influencia ha sido bien establecido, volviendo á obrar después para establecer un nuevo equilibrio, indispensable para la existencia normal del movimiento vital.

El Sr. Amici ha emitido la idea de que las series de glóbulos verdes de la Chara son otras tantas pilas voltaicas en acción; de suerte que el movimiento de progresión del líquido que las toca, sería debido á una impulsión eléctrica.

Para saber si esta hipótesis es fundada, sería necesario estudiar la acción de la electricidad voltaica sobre la circulación de la Chara. Esto es lo que ha hecho el Sr. Becquerel en union del Sr. Dutrochet, y en una nota del primero á la academia se espresa así:

«Nuestros conocimientos en electricidad están de tal modo avanzados en el día, que se tienen medios directos de asegurarse si un fenómeno de movimiento depende inmediatamente de la electricidad. El fisiologista y el físico deben pues reunirse para discutir juntos todas las cuestiones de esta naturaleza, que conciernen á los fenómenos de la vida. Guiados de esta manera de ver, hemos estudiado el Sr. Dutrochet y yo, el movimiento de la linfa en la Chara, á fin de saber si se debía atribuir ó no á un origen eléctrico.»

Continúa el Sr. Becquerel haciendo una discri-

tación por estensa no podemos comprenderla en los límites de este artículo, en la cual llega á establecer esta conclusión.

«De la comparación de los efectos observados, hemos concluido, que la causa que produce el movimiento rotatorio (en la Chara y probablemente la circulación de la savia en las otras plantas) no puede ser referido, según todas las apariencias, á la electricidad, que obra aquí de una manera singular, de la cual no hemos tenido aun ejemplos en el estudio que hemos hecho de todas sus propiedades.»

Añadiremos á lo referido, que los que quieren observar la circulación en la Chara, no obstante haberse dicho que la operación de prepararla para poder ser vista en el microscopio es delicada; bajo las instrucciones verbales del Sr. Amici la hemos preparado, en su presencia, de un modo muy sencillo, pues basta mantenerla en agua natural luego que se corta, y tomando una porción del tallo comprendida entre dos articulaciones, con un cortaplumas quitarle con cuidado la cortecita ó epidermis, y está entonces dispuesta para el microscopio, para cuyo instrumento la recomendamos como uno de los objetos mas dignos de observación.—J. V. de L.

## BELLAS ARTES.

AFORTUNADAMENTE comienza á generalizarse ya entre nosotros la afición y el buen gusto por las bellas artes. Cada día vemos con placer embellecerse los edificios públicos con una arquitectura mas correcta, y enriquecerse los museos y colecciones particulares con hermosas obras de escultura, y principalmente con hermosos modelos de pintura, que no podrá menos de estudiar con entusiasmo y con provecho la juventud de nuestra época, demasiado feliz con haber nacido en un siglo en que las bellas artes hacen cada día tan grandes adelantos. Hemos sabido hace poco que una sociedad mexicana trata de formar una gran colección de pinturas de artistas mexicanos. Este pensamiento nos ha parecido eminentemente patriótico, y sería digno del gobierno el proteger una empresa en cuya realización está interesada la gloria nacional.

Desendo nosotros contribuir aunque con débiles esfuerzos á los progresos de las bellas artes y principalmente de la pintura, para la que tienen tan excelente disposición los mexicanos, hemos recibido con mucho aprecio las Cartas que sobre pintura ha escrito el Sr. Corina, y que hemos comenzado á publicar en el número anterior de esta Miscelánea. El Sr. Corina es uno de los pocos mexicanos que emplean una parte considerable de su caudal en reunir obras

artísticas escogidas y curiosas, y fomentar por varios medios el estudio de las bellas artes. Las Cartas á que ahora nos referimos servirán mucho para dirigir á las personas que se sientan animadas de afición, ó tal vez de entusiasmo por la pintura; pero que no han tenido ocasión de formar en ella su buen gusto, ni de examinar los bellos modelos que se han tenido á la vista al redactar aquellas Cartas.

México es un país en el que hallarán siempre los artistas entusiasmo é inspiración, porque las artes han hecho principalmente sus mayores progresos en países, como México, cuyo cielo es tan hermoso, cuyos climas son tan suaves, y donde la naturaleza presenta tan bellas producciones. Pero la imaginación de los artistas necesita ser dirigida por el estudio de la misma naturaleza, y de los grandes modelos generalmente reconocidos como el tipo de lo sublime y de lo bello. Las Cartas del Sr. Corina sobre pintura tienen por objeto hacer conocer esos modelos, y evitar que se les confunda con las obras medianas, ó tal vez vulgares, que no sirven sino para estraviar el buen gusto y corromperlo.

El estudio de la pintura había llegado á decaer en México de tal manera, que, si por fortuna no viéramos ya reanimarse la afición á un arte tan hermoso, habríamos llegado los mexicanos á merecer la censura que Plinio dirigía á sus contemporáneos: «La pereza, les decía, la indiferencia, la apatía del corazón, la insensibilidad del espíritu, van á hacer que desaparezcan las artes para siempre... Desde que las buenas costumbres han dejado de ser el retrato de las bellas almas, se miran con indiferencia las imágenes artísticas destinadas á retratar los cuerpos.»

Segun se nos ha informado, las principales colecciones de pinturas que actualmente existen en la república, y de las que hemos visto algunas, son las que han formado en esta capital los Sres. D. Manuel Edmundo Gorostiza.—D. Antonio María Ensuerruz.—D. Pedro Escobedo.—Don Francisco Durán.—D. Joaquin Velásquez de Leon.—D. Francisco Modesto Olagüel.—D. Estanislao y D. Joaquin Flores.—Lic. D. Domingo Saviñón.—D. Luis Varela.—D. Francisco Fagoaga.—El difunto marques del Apartado.—D. Manuel Díez de Bonilla.—Dr. D. Luis Gordoa.—Y en Puebla los Sres. Rosa, el Illmo. Sr. obispo, y el Sr. Ordoñez.

Damos esta noticia, porque es honroso para nuestro país el poder presentárya un número, aunque corto, de personas que se distinguen por su buen gusto y afición á la pintura, y por el empeño con que procuran formar esas colecciones, donde los artistas mexicanos hallarán bellos modelos, cuyo estudio les inspire el deseo de corregir y perfeccionar sus obras.—L. E.



## UN DOCTOR.

Horribilísimos sentidos latir de espanto el corazón al ver cómo resaca al caer, como se inclina sobre él, cómo escuchaba con ansiedad para desfogarse quién había ganado la terrible apuesta, si el médico o la muerta. *Además el presencista.*

Antes de partir para Durango me dijo el Doctor, pasé á despedirme de mi antiguo amigo N.\*\*\* el cual tenía dos hijas. Una de ellas era aun pequeñita, tierna y linda, como los primeros botones de rosa que se abren en la primavera. Después de las expresiones de amistad, y ofrecimientos y protestas que son consiguientes en tales casos, me retiré de la casa para montar en el carruaje que me aguardaba. Había bajado tres escalones cuando me acordé que no me había despedido de las dos niñas, que como unas magas, frescas, juguetonas y alegres, llenaban de ventura la vida de mi amigo. Retrocedí en efecto, y solo encontré á la mas pequeñita, besé su frente ruborosa é inocente, y estreché sus manecitas torneadas. Tres días llevaba de camino y aun se me presentaba en mis sueños esa niña, tan linda, tan risueña y tan inocente.— Cuando llegué á Durango apenas tenía ya un vago recuerdo á los tres meses se me había borrado enteramente.

Cuatro años después volví á mi país, y en una hacienda del camino se me presentó mi amigo N.\*\*\* y me dijo echándose los brazos al cuello: Doctor, sin duda el cielo envía á vd. para que salve á una de mis hijas.

—¿Qué tiene! le interrumpi con agitación.  
—No lo sé, Doctor; no come, no duerme; cada día se pone mas estenuada y mas pálida.  
—Vaya, veo que no es cosa de cuidado, le interrumpí sonriendo: esa enfermedad es amor; curárenos á esa niña casándola, si el novio es bueno.

—Ni lo imagine vd.: ni ama, ni jamas ha amado á nadie. Es una enfermedad física y terrible la que padece.

—Bien, la veremos, y entonces le diré á vd. mi opinión. ¿Y cuál de las niñas es?

—Cecilia, Doctor; pero vd. ve con indiferencia el asunto.

—¿La mas jóven! le interrumpí.

—Si señor; Cecilia, la mas jóven.

Un caloroso extraño recorrió todo mi cuerpo. La niña pequeñita, cuya casta frente había yo besado hacia cuatro años, era la misma que sufría.—La cosa era muy interesante ya para mí; así es que continué diciendo á N.\*\*\* Se equivocaba vd. en creer que yo tengo poco interés en la

curación de la niña; al contrario, es menester que la vea breve, que la asista, que ponga mis cinco sentidos en volverle la salud.

—Gracias, Doctor, gracias: vd. volverá también la vida á su padre. No sé por qué causa tanto dolor el que las gentes mueran en el Abril de su vida, sin haber gozado de nada, sino... ya se ve, es mi hija, y yo de todas maneras debo sentir que se muera.

—Tiene vd. razon, amigo; pero no hay que desconsolarse.

—Cecilia está muy mala, Doctor, me contestó con la voz demudada.

—Haremos todos los esfuerzos posibles por salvarla. N.\*\*\* me estrechó la mano.

Como Cecilia vivía en una hacienda con una parienta, fué menester conducirla hasta el lugar de mi residencia, y en efecto, á los dos dias me avisaron que la enferma me aguardaba. Contoda precipitación me vestí, y á los cinco minutos estaba ya junto de Cecilia. Eran las facciones delicadas de la niña que yo había conocido pero alteradas con el sufrimiento. Sus ojos negros y rasgados no brillaban con la alegría de la niñez; sus mejillas estaban encarnadas; pero no era el color de la juventud, sino el efecto de la calentura y agitación del camino. Por lo demas, Cecilia estenuada, con las mejillas hundidas, con los labios sin color, y con un tinte de melancolía indefinible, era á mis ojos mas interesante que lo había sido en otro tiempo, en que no podía tener para ella mas que una atención pasajera.

—Cecilia, le dije con una voz dulce: ¿Se acuerda vd. cuando me despedí de vd. antes de irme á Durango?

—Si señor, me contestó con una voz lánguida.

—Entonces estaba vd. tan contenta, tan llena de vida y de salud, y ahora... ¿deme vd. el pulso. Cecilia me abandonó su mano.

—Me acuerdo, continué, que me revolví de la mitad de la escalera solo por abrazar á vd.

Cecilia fijó en mí sus negros ojos, y se puso mas encendida; yo saqué mi reloj para contar las pulsaciones, y evitar el que los circunstantes conocieran la turbación que me causó su mirada. Dos minutos pasaron y no pude contarlas; por fin advertí con desconsuelo que la

calentura estaba muy alta; pero con voz muy tranquila le dije:—Vaya, Cecilia, es menester valor; hay una poca de calentura, pero es efecto del camino y del sol. ¿Tiene vd. apetencia de comer?

—Ninguna.

—¿Y sed?

—Mucha.

—¿Y siente vd. dolor de cabeza?

—Por las tardes.

—¿Qué mas le duele á vd?

—El pecho.

Al oír esta palabra me puse pálido; fingí tos, y me cubrí la mitad de la cara con mi mascarada. Cecilia tosió tambien, se puso pálida, y exclamó:—¿Jesus mio! qué ardor tan terrible.

—¿Ardor, Cecilia, y dónde?

—En el pecho, Sr. Doctor; parece que tengo una llama. Agua, por Dios; una gota de agua.

—Si, agua es menester; pero le mezcláremos una poca de goma, le dije. No tenga vd. cuidado: todo eso es á causa del camino y de la agitación.

—¿Y el corazón duele?

—Si señor; y me late con tal violencia que me ahoga. Doctor, agua, Cecilia entrecerró los ojos, y su respiración era trabajosa.—Me acerqué y oí los latidos de su corazón, como los sonidos de la péndola de un reloj de sala.

Pedí papel y tinta, y escribí una receta. Al retirarme, Cecilia me preguntó con una triste sonrisa:—¿Doctor, cree vd. que sanaré?

—Le aseguro á vd. que sí, Cecilia; pero es menester que se divague, y no piense en que se ha de morir, porque todo lo que yo trabaje lo echará vd. por tierra. Hasta mañana, Cecilia. Procure vd. dormir, y con esto encontraré á vd. mejor. Le tomé una mano, y sudaba frio.

Cabizbajo me retiré, contemplando que tenía que luchar á brazo partido con la muerte, para arrancar de sus manos á esta flor casi marchita. Era un desafío formal, era un lance en que mi reputación, mi orgullo, y un afecto indefinible y oculto, me obligaban á poner todo mi estudio, todo mi cuidado en volver la salud á Cecilia; sin embargo, la enfermedad conocerá vd. que es peligrosa, y ademas habia hecho ya muchos progresos.

—Esa noche revolví mis libros, me senté delante de una mesa, y cuando la luz de la aurora se dejó ver, yo todavía estudiaba. Me arrojé medio vestido en la cama, y á las diez que desperté, corrí en casa de Cecilia.—Con indecible satisfacción vi que la calentura habia disminuido; que el latido del corazón era menos violento, y que sus lindos ojos de estaban mas animados.

—He pasado una excelente noche, Doctor, me dijo alargando la mano para que le tomara el pulso. Hacia ocho dias que me acostaba yo

á revolverme en la cama, á contar minuto por minuto los golpes de mi corazón, á esperar con ansia las horas de la luz, para ver entrar un rayo del sol por la rendija de la ventana, porque las noches, Doctor, son una eternidad entera para los pobres enfermos que sufren. ¡Cuánto lo padecido, Doctor! pero las medicinas de vd. me han aliviado, y he concebido la esperanza de vivir algunos dias mas.

—¿Y tambien vivirá vd. años, Cecilia. Es menester fé en el médico, porque es el instrumento de que Dios se vale para mitigar los dolores de los enfermos, y ademas vd. es jóven, y el vigor de la edad triunfará del mal. Me dicen que no ha querido vd. tomar con continuación, la bebida que le ordené. Los médicos son, por lo general, despoles con los pacientes; pero yo quiero ser el amigo de vd., y como tal le ruego que se resigné á sufrir unos dias, para gozar en seguida de la salud. Con que, ¿me promete vd. no separarse de mis órdenes?... Se lo suplico á vd., por lo que me ama en el mundo.

Cecilia suspiró, y yo me despedí de ella asegurándole que su mal era pasajero y de ningún riesgo. El médico debe con dulzura y cariño atender á medicinar el espíritu con la esperanza, y el cuerpo con las drogas de la botica. ¿Le parece á vd. bien?

—Excelente, Doctor, ¿Pero Cecilia se alivió?

—Cuatro dias tuve de placer, porque el mal terrible del pecho que destruía á esta criatura tan hermosa y tan resignada, desaparecía rápidamente. Si viera vd. cuán orgulloso y satisfecho salía yo despues de haber observado que mi enferma estaba alegre, que saboreaba con gusto su pequeña porción de sopa de leche, y que dormía tres ó cuatro horas de cada noche! Cecilia me daba las gracias por todo esto, y yo en ese momento no me cambiaba por el monarca mas poderoso del mundo. Estas son las compensaciones que tiene nuestra profesion; al menos dígoles por mí, que no he podido acostumbrarme á ver con el semblante sereno los sufrimientos y agonías de la humanidad; así que, cuando un enfermo vuelve á la vida, cuando el médico ha corrido hasta el borde de la tumba para arrebatár á la muerte su presa, con el poder de la ciencia, entonces es el momento mas delicioso que pueda tenerse en este mundo.

—Pero vamos, Doctor, ¿en qué quedó Cecilia! ¿Se murió, ó siguió adelante el alivio!

—El quinto dia, continuó el Doctor, amaneció el cielo cubierto de nubes: en un viento frio del Norte comenzó á soplar, y una ligera llovizna caía por intervalos. Abrí la ventana de mi cuarto, y dije para mis adentros: Estas malditas nubes y este aire frio, van á destruir todo mi trabajo. Cecilia no debe pasarla por hoy muy bien. Tomé un libro y me puse á estudiar; pasé ocho hojas sin comprender nada, porque no pensaba



yo mas que en el sol, y no se asombré vd., pensaba que si el sol no salta, Cecilia debería tener un ataque fuerte. ¡Vd. sabe lo funestos que son estos dias frios y nebulosos para los que padecen del pecho! En estas reflexiones estaba sumergido, cuando tocaron fuertemente la puerta. Abríla, y una criada me dijo asustada: Señor, la niña se muere. Cinco minutos permaneci sin movimiento como una estatua de mármol: despues mis nervios se crisparon, y como por medio de un resorte, en dos brinco me puse en casa de Cecilia.

La fuerza del mal la habia hecho meterso en la cama. Su rostro estaba transparente, los labios sin color, los ojos negros y rasgados que brillaban como dos luceros, estaban opacos con el viento de la muerte, y sombreados por una linea morada que casi formaba un círculo con la ceja. Le toqué la frente, y ardía como un volcan. Le toqué los pies y las manos, y eran de nieve. Observé su respiracion, y era trabajosa y agitada, como que la llama de la vida apenas animaba ya el cuerpo tierno y virgen de Cecilia, y pocas horas le quedaban de existencia. Antes de que yo pudiera articular palabra, Cecilia clavó en mí sus negros ojos, y me dijo: Doctor, no debe vd. apurarse ya, porque mi mal no tiene remedio: siento que muy pronto va á volver mi alma quizá al ciclo, porque me he confesado antes de que vd. viniera, y pronto vendrá el Santísimo. Estas eran las únicas medicinas que me convenian. Hubo un instante de silencio; luego prosiguió con una voz pausada y melancólica: Doctor, ¡y qué será posible que me muera? ¡Oh qué terrible es morir tan jóven, y cuando contaba yo con tener muchos años de vida! Mándeme vd. algun remedio, es muy terrible la muerte. Doctor, ¿qué no hay esperanza? Una lágrima brillante y solitaria, rodó por la megilla pálida y humida de Cecilia.

Yo estaba á punto de prorrumprir sollozando; pero recobré mi serenidad, acordándome que de ella dependia la vida de Cecilia, que en lo mas florido de sus dias, en lo mas risueño de sus esperanzas iba á ser sumergida en la tumba. En un momento puse á toda la casa en movimiento, y apliqué á la enferma medicinas tras de medicinas. Eran las cuatro de la mañana y el mal no cedía; á las cinco me retiré á mi casa, y despedido me arrojé en mi lecho sin concebir la menor esperanza. A las diez volví, y la enferma hacia cinco minutos que se habia dormido. Este es buen síntoma, dije para mí, y volvió á brillar en mi alma un rayo de esperanza. A las once de la noche todavía dormia Cecilia; esto me causó alguna inquietud, pero me acerqué de puntillas y me convenenci que su respiracion era tranquila y natural. Con su rostro apacible y descolorido, sus párpados cerrados, y su boca entreabierta, que dejaba ver una hilera de dientes blancos y pe-

queños, parecia de esas santas vírgenes y mártires que duermen apaciblemente en las urnas de plata y cristales de las iglesias de Roma. ¡Cuán to sufrí al considerar que tal vez el sueño de Cecilia podia ser eterno!

A las cinco de la mañana desperté, tosió suavemente, se incorporó en el lecho y pidió agua. Le ministré una bebida mucilaginoso, y habiéndola recomendado al cuidado de su familia, me dirigí á mi casa, y allí tendido en mi lecho desahogué por medio de las lágrimas el peso terrible que por veinticuatro horas habia oprimido mi corazón. A la mañana siguiente me miré al espejo, tenia canas, y creo que una arruga mas en la frente.

Mi enferma mejoraba visiblemente. Los colores de la salud brotaban poco á poco en sus mejillas, el apetito era excelente, y sus hermosas formas iban de nuevo tomando su primitiva morbidez y tersura. La lucha estaba decidida finalmente, y la muerte habia huido ante la magia de la ciencia.

Un mes despues le dije á Cecilia: Es menester dar ahora unos paseos cortos por el campo; el oxígeno de las plantas y la fatiga del ejercicio le deben completar la obra que se comenzó con las bebidas y sangrias. Cecilia por toda respuesta me tomó el brazo. Desgraciadamente ve vd. que no hay por este rumbo de esos sitios amenos, llenos de flores y de aromas que se encuentran por las cercanías de México: así es que nos dirigimos al llano, que ofrecia sin embargo á nuestras plantas un tapiz verde y aterciopelado. —Inútil será decir á vd. que yo estaba loco de placer y de orgullo sintiendo el ligero peso del brazo de Cecilia. Quise por primera vez insinuarle, que el que habia sido su médico seria su esposo; que el que la habia puesto de nuevo en el camino de la vida, seria tambien en lo de adelante su guia y su compañero; pero tenia un nudo en la garganta, y no encontraba palabras con que comenzar mi declaracion. Como llevábamos cerea de media hora de paseo sin que yo hubiese articulado una sílaba, Cecilia fué la que habló.

—Doctor, ¡si viera vd. con que emocion se ve el campo, y las calles, y las casas y las gentes cuando se habia perdido toda esperanza de vivir!

—Lo creo, Cecilia; pero juzga vd. tambien que el médico que contaba con asistir á los últimos instantes de un enfermo, no se llena de orgullo al ver que ya ha recobrado su primitiva salud y lozanía!... Y ademas, acaso me guiaba en la curacion de vd. un interés mas tierno, v. g., el de un amigo, el de un hermano, el de Cecilia, ¿podria acaso con la constancia y con los sacrificios dar á vd. un nombre mas significativo, mas!...

—Mi salvador por ejemplo.... ¡no es eso lo que vd. desea Doctor! Pues bien, desde hoy en

adelante confesaré que despues de Dios, soy á vd. deudora de una vida que, sin embargo, no es del todo feliz.

—Vd. no me ha querido comprender; pero vamos, por qué no es vd. feliz!

—Doctor, hay males que no se curan con sangrias y bebidas; y el mio, aunque no es grave, requiere otro género de medicina.

—Cecilia, Cecilia, exclamé, queriéndome arrojar á sus pies, vd. puede ser feliz y.... No acabé la elocucion porque un pensamiento siniestro y lúgubre, como esas nubes negras que aparecen en el horizonte del mar, cruzó por mi mente. Cecilia amará á otro! ¡Habré arrancado á esta niña del sepulcro para ponerla en brazos de un rival! Esta idea me volvía loco. Despues de un rato de silencio, dije á Cecilia con una voz bronca y áspera: Es menester volvernos á la casa de vd. porque tengo muchas ocupaciones.

—Como vd. guste, Doctor. Siento solo haber molestado á mis paseos; tanto mas que las obligaciones de vd. como médico han debido cesar ya.

—Es decir que vd. rehusará en lo de adelante salir conmigo.

—No he dicho tal cosa, Doctor; antes bien le reconoceré á vd. cada dia mas sus atenciones y cuidados; pero vd. se molesta....

—Niña, vd. me ha de hacer perder el juicio. Ocho dias seguidos salí con Cecilia; pero le hablé del campo, del aire, de las flores, de la medicina, de todo menos de mi amor, porque tenia un desengaño, hasta que por fin me decidí á escribirle una carta, que relataré á vd., pues la conservo en la memoria.

—Cecilia: el que fué médico de vd. y la libró de la muerte, ha tenido la locura de pensar que podria tal vez llegar á ser su esposo. ¡Conseñtra vd., Cecilia mía! ¡Aceptará vd. mi pequeña fortuna y mi grande amor! ¡Aceptará vd. á un hombre lleno de defectos físicos, pero cuya alma entera la consagrará á la felicidad de vd.!

—¡Ruego á vd. que conteste á quien es su más obediente servidor que b. es. pp."

Al dia siguiente recibí la respuesta: "Doctor: así en pago de los sacrificios y cuidado que tuve vd. en mi enfermedad reclama vd. mi mano, desde luego puede vd. disponer de ella; pero si vd. quiere mi amor y mi ternura, le ruego que me conceda un plazo para resolverme."

—Si acaso amara yo á otro, si conservara una esperanza alimentada desde mi niñez, si proferencia un sí falso en el altar, ¡le parecería á vd.!, Doctor, que pagaba yo dignamente sus sacrificios! A mi vez le ruego que no se enfade, y mande á su atenta servidora que le desea felicidades."

Cuatro dias tuve de frenesí y delirio; pensé suicidarme, pensé abandonar mi país y echarme por el mundo como el judío errante, pensé lle-

nar de baldones é injurias á Cecilia, pensé al fin lo mejor, que fué encaminarme á su casa y decirle que podia disponer de su corazón y de su mano.

Era de noche: el balcon despedía mucha luz y esto me sobresaltó. Abrí la puerta, subí la escalera y oí que rezaban un sudario. El corazón me latió fuertemente y la sangre se me heló. Empuje la puerta y vi cuatro veas de cera y en el centro tendido un cadáver....

—Acabe vd. Doctor, le interrumpí, ¿quién era el cadáver!

—Cecilia, amigo mio.

El Doctor sacó su pañuelo y se limpió los ojos.

Diciembre de 1842.—M. Payma.

#### PETRIFICACIONES

#### Descubiertas en Tehuantepec.

En el número anterior de esta miscelánea habíamos ligeramente de las conchas petrificadas que se han hallado cerca de Tehuantepec. El Sr. del Rio ha examinado el trozo de piedra que contiene las referidas conchas, y ha formado sobre el el siguiente apunte: "Caliza de *Hippurites* de la Creta dura: otra prueba de haber aquí verdadera Creta, que en los Estados Unidos no hay mas que su equivalente. A mi me parece la interior una hipurita revestida de *caferulitas* trasmutadas todas en síliza: hay además pequeñas *trirritulas* y otras."

Tambien ha examinado el Sr. del Rio una especie de colimilo petrificado que ha venido con las conchas anteriores, y el apunte que ha formado sobre dicho colimilo es este: "Muela inferior semejante á la del *Hippotriurium gracile*, ó sea *equus primigenius*, y su tamaño (como 3 pulgadas de largo y una de grueso en la parte inferior) indica haber sido de un solipedo mayor que el caballo, y que se ha perdido, segun me parece." De esta misma especie de muelas poseemos algunos ejemplares que hemos extraído en el distrito de Pinos (Departamento de Zacatecas) con algunos restos de elefantes.

Los dos trozos de petrificaciones que ha examinado el Sr. del Rio, ofrecen por sí solos poco interés; pero no así el haberse descubierto por ellos un gran depósito de petrificaciones que desamos sea examinado por algun hombre científico, ó que por lo menos se enriquezca con algunas petrificaciones curiosas de aquel depósito el Museo nacional, que todavía está muy desprovisto en este ramo.—L. E.



## MOSAICOS DE PLUMA.\*

INVESTIGACIONES SOBRE LA INVENCIÓN DE ESTAS OBRAS ARTÍSTICAS

El conde Beltrami ha procurado explicar de este modo el origen de los mosaicos de pluma que tan primerosamente trabajaron los mexicanos. Una de las tribus que salieron de las siete cavernas del Norte, se detuvo en el país de Michoacan. Según sus tradiciones, en el momento en que su Dios descansaba de la fatiga de su largo viaje, se acercaron á él, como á festejarlo y divertirlo parvadas de pajarillos resplandecientes y del mas bello plumage. Se creyó ver en estos pájaros el espíritu del idolo, y su voluntad de permanecer allí, y en aquel mismo lugar fue donde los tarascos fijaron la capital de su imperio, que se llamó *Tzint-Zuntzan*, que quiere decir: *Sitio de pájaros celestiales, un paraíso terrestre*; y de aquí, probablemente viene la etimología de *pájaros del paraíso*, porque verdaderamente nada puede representar mejor una cosa celestial que los colores brillantes de sus plumas.

Después de este acontecimiento, los tarascos comenzaron á adorar con plumas sus imágenes, ó emblemas de sus dioses. Su talento les condujo luego á representar á aquellos dioses en *mosaicos de pluma*, y después á hacer de estos mosaicos adornos de lujo y obras de curiosidad.

Otra opinión sobre el origen de los mosaicos de pluma. Una joven llamada *Coatlucue*, barria un templo, no sé en donde, cuando vió rodar en el suelo una bola de plumas muy hermosas; la recogió y la guardó en su seno como un precioso hallazgo, que es lo que hacen en general las mugeres cuando se encuentran una cosa bonita. Esto era mas natural en una india que no tenía otro vestido que una túnica. Aquella bola de plumas se deslizo del seno de la india á su vientre, se puso embarazada y á los nueve meses parió á un dios. Desde entonces las plumas de los pájaros se hicieron sagradas, y entre otros usos que se hacían de ellas, uno de ellos fué el formar mosaicos para representar en ellos á los dioses.

Hemos extractado de la obra de Beltrami, las observaciones anteriores, porque las hemos creído curiosas aunque las tradiciones á que se refiere están espuestas de una manera muy vaga. Acaso alguna vez hablaremos de ellas según los datos que recogeremos de los historia-

dores. Las tradiciones de un pueblo por oscuras y fabulosas que sean, comunmente esplican hechos muy remotos, y acaso de los mas importantes en la historia. Beltrami ha creído descubrir en la aventura de la joven *Coatlucue* una tradición vaga y desfigurada que existía entre los mexicanos del misterio de la *Encarnación*. Otras tradiciones habia entre los aztecas á las que se podría dar con mas probabilidad aquella esplicación. Nosotros creemos que la joven india *Coatlucue*, fué seducida por algun sacerdote y que cuando fué descubierta su preñez, el sacerdote inventó y propagó la fábula de la bola de plumas para ocultar su crimen y aun para divinizarlo. Los pueblos poco adelantados en la civilización fueron siempre víctimas de las supercherias de sus sacerdotes y adivinos.

Por lo que hace á la tradición sobre el origen de la fundación de *Tzint-Zuntzan*, nosotros no hallamos en esto sino lo que en otras muchas tradiciones y pinturas geroglíficas de los mexicanos, en las que las aves hacen casi siempre un papel muy distinguido; aquella superstición que ha sido comun á muchos pueblos, de buscar agüeros y presagios en el vuelo de los pájaros, en su canto y en todos los accidentes de su vida. Aun entre nosotros, que nos preciamos de civilizados, hay todavía algunos restos de aquella superstición en el horror con que oye el vulgo el canto del tecolote, de la lechuza y de otras aves.—L. E.

### Pensamientos.

Quando los espíritus inteligentes se han envilecido, la sociedad queda sin guia, sin luz y sin apoyo. Entonces es necesario cerrar los ojos con dolor para no ver tanta miseria.

Es propio de los pequeños espíritus arrastrarse como reptiles en el fango; el talento tiene alas como el condor, para volar sobre las nubes; no necesita sino de la gloria; y la gloria es un bien que no se compra con humillaciones, sino que se conquista como un imperio, con la fuerza que Dios no ha concedido sino á la inteligencia.

(\*) Se pueden ver otros artículos sobre este objeto en las páginas 62 y 253 de esta miscelánea.

## CONTINUAN LAS CARTAS

### SOBRE EL CONOCIMIENTO DE LAS PINTURAS ORIGINALES Y DE LAS COPIAS.

Para poder formar juicio recto y seguro del mérito de una pintura, es necesario saber distinguir lo bueno y malo que haya en ella, y este conocimiento se adquiere con el talento, con la penetración y con el estudio constante de los preceptos del arte que debe haber aprendido el aficionado, y que debe ir fomentando sin cesar. Sin estas circunstancias, á nadie es dado entrar á escudriñar los arcanos del divino arte de la pintura, ni podrá jamas percibir sus encantos, aunque consuma todo su caudal y emplee toda su vida en comprar y amontonar lienzos y tablas. Con estos auxilios y los de otras ciencias, podrá el aficionado juzgar acertadamente de la parte poética de un cuadro, de su invención, de la oportunidad del momento que eligió el artista, de la composición, de la naturalidad y arreglo de las situaciones, de la nobleza y propiedad de los caracteres, de la espresion, de la gracia, de la belleza y de todo lo que dimana del espíritu; y comprenderá asimismo lo que procede de la ejecución, como la corrección del dibujo, la perspectiva de los escorzos, la anatomía de los huesos y músculos, la buena situación de los colores, el buen efecto de las luces y de las sombras, y la armonía ó el acorde que debe haber en tantas variedades. Es muy conducente para poder hacer con acierto el análisis de todas estas cosas, tomar por modelo alguna de las descripciones analíticas que los sabios concededores han hecho y dejado escritas de las mas famosas obras de los grandes maestros. Principiará el aficionado por la invención, y siguiendo en las demas partes, si notare que están conformes con los preceptos del arte, no debe dudar un punto de la bondad y mérito del cuadro, sin detenerse entonces á averiguar si es original ó copia, porque esto ya corresponde á otra cuestion. Mas si adviérese que la invención es comun ó inverosímil que las figuras no están colocadas en el lugar que les corresponde, atendida la naturaleza del asunto; que son groseras ó mezquinas; que nada dicen ni sienten, y que están mal dibujadas; que los accesorios son importunos; el colorido triste ó monótono, ó desmayado; y en fin, que los celajes, los terrenos y los árboles ó edificios, no están representados con aquella ligereza y verdad que tanto encanta al espectador,

debe desechar el cuadro por mediano ó malo, que en esta materia es lo mismo.

Encontrará vd. muchos lienzos y tablas que no comprendan todos los preceptos del arte, porque es casi imposible, y hasta ahora no se conoce uno solo que los reuna todos; pero deberá vd. empezar por preferir los que presenten las figuras bien diseñadas, porque el dibujo es el cimiento de la pintura; seguirán los de una sabia y elevada invención; después los de caracteres nobles, de proporciones exactas y de actitudes y situaciones naturales; en seguida los de una composición bien ordenada: los que tengan fuego y verdad en la espresion; los pintados con desembarazo y toques fuertes; aquellos en que dominan la gracia y la suave degradación de las tintas; y finalmente, acabará vd. por los de un brillante colorido, sin embargo de que hay muchas personas que prefieren esta circunstancia á todas las demas.

Deberia bastar para satisfacción de los que poseen pinturas, el saber que son buenas; pero todos quieren averiguar el nombre y la mano de los autores, como si esto aumentase á las obras algun grado de bondad, siendo así que hay muchas piezas perfectamente pintadas por profesores desconocidos en la historia del arte; y al contrario, hay otras inferiores en mérito, de autores de gran nombre, que las ejecutaron cuando aprendían, ó cuando se hallaban con el espíritu indispuerto, ó cuando ya eran muy ancianos y flaqueaban su imaginación y sus manos. Sin embargo, el empeño es que todas las pinturas tengan nombre, y es de admirar la facilidad con que comunmente las bautizan, siendo indispensable para acertar haber visto muchas obras, haberlas estudiado con suma atención, y retener en la memoria el estilo y demas señales que caracterizan á sus autores.

Dos cosas deben preceder en el examen de un lienzo para conocer la mano que lo pintó: el pensamiento y el trabajo; esto es, la idea y la ejecución, y se notará que rarísima vez concuerdan en igual grado. Así es que *Rafael* no fué tan excelente en el colorido como en la invención, que *Ticiano* habiendo llegado al grado mas sublime en el colorido, se quedó atrás en la espresion. *Correggio* cedió á todos en la







bies, cuando sus célebres originales están fuera del país en que reside el aficionado, ó en disposición de no poder ser habidos ni vistos. La copia, por ejemplo, que hizo *Julio Romano* de la *Trasfiguración*, de *Rafael*, y que se hallaba colocada en la iglesia de las monjas de Santa Teresa de Madrid, cuando yo permanecía en aquella corte, es y será siempre sumamente apreciada en España, por la imposibilidad de tener en aquel reino el original de *Rafael* que existe en Roma.

Podrá suceder alguna vez que la copia sea mejor que el original, y este es el caso más difícil de resolver, según dice *Pacheco* en su *Arte de la pintura*. Refiere este autor que habiéndole enviado el año de 1605 D. Fernando Enriquez de Rivera, tercer duque de Alcalá, una tabla de *Maese Pedro Campaña* para restaurarla, que representaba la Crucifixión de Jesucristo, con la Virgen, S. Juan, los ladrones, y otras figuras á lo lejos, encontré poco tiempo después otra de autor desconocido, igual en el asunto, composición, dibujo y tamaño; y que habiéndolos colgado con mucha atención, hallé y declaré ser copia de ésta la tabla de Campaña que le había enviado el duque, á causa de ser más moderna que la otra, y que era mejor que el original; cosa (añade) que sucede pocas veces, porque en el colorido tenía más hermosa manera, y (Maese Pedro) le pegó al buen dibujo mayor gracia. Por regla general vale más una buena copia que un original mediano, porque en aquella se conservan la invención, la composición y la armonía de un hombre de talento, y en el original nada hay que pueda interesar al inteligente, y es indispensable que la medianía en la pintura es de tan poco valor como en la poesía.

Restame hablar á vd. del género *promisecto*, esto es, de ciertas pinturas que no siendo copias ni originales, tienen de uno y de otro. Los italianos las llaman *pastiché*, (y nosotros *pastuchos* en lenguaje del arte), que quiere decir *pastiches*, porque son un compuesto de diferentes estilos y maneras, como lo es un pastel ó empanada rellena de varias manjares. Los profesores faltos de ingenio para la invención, de gusto para la composición, y de corrección en el dibujo, son los autores de estos amasijos. Adoptando el pensamiento de una estampa, la composición de otros, las figuras y cabezas de dibujos ajenos, y añadiéndoles algunos accidentes de su propio capricho, forman á su modo unas obras que pasan por originales entre los ignorantes, pero que el aficionado inteligente desprecia en el momento que conoce la superchería. Casi todos los pintores que sucedieron al inmortal *Murillo*, procedieron así en la composición de sus cuadros, procurando ocultar los pensamientos de tan gran maestro con lo que robaban en diferentes estampas. El propagador principal de estas raterías,

fué á mediados del siglo pasado, D. Domingo Martínez, maestro de otros infelucados profesores á quienes enseñó este modo de pintar, que dominó en aquella ciudad hasta hace muy pocos días. Sus obras colocadas en la capilla de la Antigua de la catedral, en el claustro grande del convento de S. Francisco, y en otros templos de aquella metrópoli, están llenas de plagios y discordancias, y por más que las celebren sus paisanos, siempre serán unos verdaderos *pastuchos*.

La significación de esta palabra se estiende también á otro género de pinturas en las que la invención es del que las ejecuta, mas la composición, el dibujo y el colorido corresponden al estilo y gusto de aquel autor á quien se procura imitar para hacerlas pasar por originales de éste, y darles más valor y estimación. Es necesario estar muy versado en los principios, estilo y manera del autor á quien se intenta contraheer, para poder acertar en tan difícil empresa; pero como afortunadamente los que se dedican á engañar de este modo, son infinitamente inferiores al autor que intentan suponer, no pueden sostener el engaño, y luego son conocidos de los que tienen alguna práctica. Así es que si por casualidad llegan á imitar á los grandes maestros en el colorido, en el dibujo y aun en los toques, se echa de menos la elevación de las ideas, la fuerza de la expresión, la gracia, y todo lo que manifiesta un genio algo superior al de ellos; ademas de que nunca se deja de trasladar en la ejecución la manera ó estilo propio del imitador. (14)

(14) Por más curioso que puso *Jordan* en imitar á *Rafael* en el bautismo de Cristo que pintó y existe en la sacristía de la catedral de Toledo, con el fin de alucinar á los espectadores, hasta usar del monograma de tan gran maestro, se ve en este cuadro la manera peculiar de *Jordan*, y se echa de menos al instante aquella subtilidad propia de *Rafael* en la invención y composición. Lo mismo sucede en los lienzos que dejó *Jordan* en el Escorial, imitando al *Española*, á pesar de haber sido éste su maestro. Y aunque dice que él que mejor contrahizo al *Bosasso* y á *Pavlo Veroné*, fué *David Teniers*, el joven, su propio pincel ligero y débil, y su poco acierto para caracterizar los animales, más bien su impostura, porque no era tan gracioso como el primero ni tan vigoroso como el segundo de aquellos profesores. Sin embargo, los *pastichos* de *Teniers* imitando á *Dubuis*, pasan muchas veces por originales, como lo he visto en España y en Inglaterra. Siempre ha habido en Italia pintores sagaces y astutos que se dedican á pintar este género de obras en lienzos y tablas viejas, para sorprender y engañar á las aficiones, tales, veles que andan á caza de originales. Los ingleses son entusiastas por viajar como por las bellas artes, son regularmente los más engañados, comprando muchos cuadros de éstos con que inundan á su patria. No fueron menos los españoles mientras dominaron en Nápoles y en otras partes de Italia, cuando iban á servir en las guerras que allí sostuvieron largos años, y así como en aquellos los ricos pretendientes pasaban posteriormente en años en Roma solicitando pinturas, conchas y otras piezas eclesiásticas, y recogiendo muchas de estas pinturas que aun corren por originales en España, algunas con firmas supuestas, y componen no pequeña parte de las colecciones de varios particulares.

Otras muchas reflexiones pudiera ofrecer á vd. acerca de las copias y de los originales, y del conocimiento de las pinturas y de sus autores; pero basta para una carta, y aun sobra para dar á vd. una idea de lo que en esta materia necesita saber y observar un aficionado, á fin de poder decidir unas cuestiones que con tanta facilidad y con tan ridículo magisterio resuelven en el día muchas personas. Vd. que conoce mi ingenuidad y buena fe, me hará la justicia de creer que sin las reglas que acabo de esponerle, es absolutamente imposible poder distinguir los originales de las copias; y viva persuadido de que en ningún arte hay tanta charlatanería como en éste, ni tanto engaño como en la compra de pinturas.

Creo conveniente incluir á vd. los adjuntos apuntes sueltos, que podrán servirle de aclaraciones á esta carta, y cuya doctrina deberá bastar á vd. por el pronto para empezar á adquirir las ideas más generales y precisas que debe tener todo hombre de mediana educación, acerca del muy noble y sublime arte de la pintura, principalmente así aspira á ser un verdadero aficionado.

Es y será siempre servidor de vd. su verdadero y antiguo amigo Q. B. S. M.—\*\*\*

#### ACLARACION PRIMERA.

##### ESCUELAS DE PINTURA.

La palabra *escuela* que en el lenguaje común no significa más que el lugar en donde se enseña cualquiera cosa, en el idioma de las bellas artes indica una clase de artistas determinada, que han aprendido su arte de un maestro, bien sea tomando lecciones de él directamente, ó bien estudiando sus obras, y que por consiguiente han adoptado y seguido más ó menos el estilo de este maestro, ya por el deseo de imitarlo, ya solamente por haberlos obligado la costumbre. Pero la palabra *escuela*, tratándose de bellas artes, trae consigo ademas la idea de la celebridad, y por lo mismo, aunque un pintor mediano ó muy bueno, pero que no se ha hecho célebre, tenga discípulos, no se empleará la palabra *escuela* para expresar colectivamente estos discípulos; y aun no es bastante para esto que el maestro tenga celebridad; todavía se necesita que muchos de estos discípulos la hayan conseguido. Se dice, la *escuela de Rafael*, porque *Julio Romano*, *Polidoro Caravaggio*, &c. que fueron sus discípulos, adquirieron por sí mismos un renombre inmortal. Se dice también la *escuela de los Carracci*, porque fueron discípulos de estos el *Domíniquino*, *Guido*, *Albano*, &c.

Así como se emplea la palabra *escuela* para expresar colectivamente todos los discípulos de un mismo maestro, así también se usa por extensión para indicar bajo una denominación sola, todos los artistas de un mismo país; y por es-

ta razon todos los pintores que han existido en el mundo civilizado, desde la época de la resurrección de las artes hasta nuestros días, se hallan clasificados por *escuelas* del modo siguiente.

#### PRIMERA ESCUELA.

##### DE LA EDAD MEDIA.

Los principales pintores de esta escuela fueron:

<i>Alas de que continúan</i>	
Vigila, en España.....	976
Sarraçino, en id.....	id.
García, en id.....	id.
Andrés Rico (natural de Cándia).....	1100
Bárnaba (en Toscana).....	1140
Bizzamano (id.).....	1184
Bizzamano el menor (id.).....	1190
Guido de Siena (en Siena).....	1221
Pedro de Pamplona (en Sevilla).....	1250
Andrea Taffi (Florentino).....	1280
Margheritone (de Arezzo).....	1290
Rodrigo Estevan (en Castilla).....	1291
Cimabue (Florentino).....	1299
Giotto (id.).....	1335
García Martínez (en Avignon).....	1343
Simon Memmi (en Siena).....	1344
Caballini (en Roma).....	1340
Juan Césilles (en Cataluña).....	1382
Ferrand Gonzalez, (en Toledo).....	1399
Spinoletto Aretino (en Roma).....	1400
Gerardo Suardina (en Castilla).....	1415
P. Laurati.....	id.
Juan Alfon (en Toledo).....	1418
Lorenzo el Camandulense (en Florentino).....	id.
Bello (en Castilla).....	1420
Piesole (en Florentino).....	1429
El maestro Luis (en Castilla).....	1442
Tomasso el Masaccio.....	id.
El maestro Rogel (en Castilla).....	1445
Fra Angelico (en Roma).....	1450
Sánchez de Castro (en Sevilla).....	1454
El maestro Jorge, ingles (en Castilla).....	1455
Pedro Sánchez (en Sevilla).....	1462
Juan Nuñez (id.).....	1475
Andrés Castagno (en Florentino).....	1476
García del Barco (en Castilla).....	id.
Alex. Baldovineti (Roma).....	1498
Alonso Santeigne (en Roma).....	id.
Andrés Mantegna (en Roma).....	id.
Juan Gonzalez Becerril (Toledo).....	id.
David Guirlandajo (Roma).....	1499
Alvar Perez de Villado (en Toledo).....	id.
Alumno de Foligno (Roma).....	id.
Gonzalo Diaz (en Sevilla).....	id.
Vannucci, el Perugino (Roma).....	id.
Juan Flamenco (en Burgos).....	id.
Garafole, ó Tisi (Roma).....	1520

Esta escuela se cuenta desde mediados del siglo X, en que empezaron á hacerse comunes los pintores miniaturistas que adornaban con flores,



labores y figuras los códices antiguos y los libros de coro, hasta principios del siglo XVI. Ninguno de los pintores que ella comprende tuvo idea de armonía, ninguno conoció las reglas que convierten en ciencia á la pintura; todos fueron dominados por la sequedad y pobreza de imaginación propia de los siglos de oscuridad que siguieron á la caída del imperio romano, y los que de estos pintores, dotados de mayor inventiva, probaron variar algún tanto aquella fría y uniforme sencillez de la infancia de la pintura, solo consiguieron hacer mas imperfectas sus propias obras, llenándolas con profusión de las puerilidades extravagantes que esigia la ignorancia en aquella época. Sin embargo, considerado á estas pinturas como monumentos históricos que nos conducen al origen del arte, y nos hacen ver sus progresos, son ciertamente dignas del mayor aprecio, y muchos mas dignas aun de nuestra veneración y gratitud, si miramos en ellas las actas auténticas de la antigua sencillez de las costumbres, y el tipo religioso de los primeros cristianos del Asia, cuya influencia se halla tan manifiesta en todos los monumentos erigidos en Europa inmediatamente despues de las Cruzadas. Todas estas obras tienen el carácter raro, peculiar de los bajos relieves del tiempo de San Luis, rey de Francia, hechos la mayor parte, por artistas que eran á la vez pintores, escultores, arquitectos, plateros y grabadores de medallas. Las mas antiguas de estas obras son las mas irregulares, las mas deformes, y de mas bárbaro dibujo, principalmente en cuanto á la ejecución de los pies, de las manos y de los ropajes. El desempeño de las estrechidades del cuerpo humano era cosa tan difícil para los pintores de esta época, que muchas veces representaban las figuras sin pies, alargando el ropaje, ó llenando con cualquier adorno el lugar que aquellos debían ocupar. Por lo que hace á la expresión, parte tan esencial de la pintura, permaneció en la infancia de tal modo, que por mucho tiempo se valieron los pintores del recurso de trazar letreros que salían de la boca de las figuras y contenían las preguntas y respuestas que aquellas se hacían unas á otras, ó las ideas que no podía expresar el artista por otro medio.

A pesar de todo, esta época es celebre no solamente por los motivos indicados, sino tambien por haberse descubierto en ella el método de pintar al óleo que hoy usamos. Los artistas de la antigua Grecia, refugiados en Italia despues de las primeras expediciones de Sylla, y del saqueo de Atenas, pintaron siempre con el *encaustico* (\*) que describe Plinio, y que se usó hasta la caída del imperio; mas desde la mitad del siglo X se adoptó un método misto que participaba del antiguo, y consistía en emplear como ingredientes principales, segun se cree, ciertas

resinas disueltas en aceites esenciales y mezcladas con cera, de cuya mistura resultaba el glicen con que se amasaban los colores para pintar; pero era necesario calentar despues al fuego lo pintado hasta que quedase perfectamente seco; operacion que por estar sujeta á mil riesgos é inconvenientes, hacia muy escasas y muy caras las pinturas (1). Este método de pintar prevaleció hasta los últimos años del siglo XIV en que Juan Van-Eyck, mas conocido por el nombre de Juan de Brujes, descubrió el modo de pintar al óleo, esto es, con solo aceite, aunque á pesar de este descubrimiento, continuaron empleando el método antiguo algunos maestros de mérito que existieron en el siglo XV, como Solario, Masaccio, Tadeo Zucharo, Perugino y otros.

Es circunstancia notable que la mayor parte de las toscas pinturas que se conservan en Europa, pertenecientes á los siglos XI, XII, y parte del XIII, hasta *Cinabue*, tienen inscripciones griegas; de lo cual se deduce que sus autores eran originarios de aquellos famosos países del Asia Menor, y que habiéndose refugiado en Constantinopla, pasaron de esta ciudad á Nápoles, Venecia, Siena, Florencia &c., en donde hallaron la favorable y generosa acogida del rey Carlos de Aragon, y del papa Benito IX.

## SEGUNDA ESCUELA.

### FLORENTINA.

Esta escuela debe gran parte de su celebridad al noble celo de los *Medicis*, que fomentaron el talento y la afición de los artistas, poniéndolos en estado de poder familiarizarse con los magníficos modelos de la antigüedad.

Los florentinos, guiados por el fundador *Leonardo de Vinci* (que es tenido por sábio de esta escuela) en el verdadero camino del buen gusto, llegaron á ser rivales de los artistas romanos, los cuales abrieron á todas las escuelas los tesoros de la bella antigüedad.

Aunque la escuela florentina no es la mas rica en maestros de primer orden, ofrece por caracteres distintivos la valentía, el movimiento, cierta austeridad sombría y cierta expresión de fuerza, que acaso escluyen á la de la gracia, y finalmente, un caracter particular de dibujo que viene á ser una grandiosidad, por decirlo así, gigantesca. Tal vez se nota en ella con justicia el defecto de la cargazon; pero en recompensa no puede negarse que esta misma cargazon presenta á los artistas toscanos, satisfechos con causar admiracion, se desdaban de emplear los medios de agradecer sus obras.

(1) A las pinturas ejecutadas de este modo se les da el nombre de *chiscos*, palabra compuesta de las griegas *χρυσον* aceite y *κηρός*, cera.

(\*) Palabra griega que se deriva de *εγκαιω*, yo quemar.

Esta escuela tiene un derecho incontestable á la veneracion de los artistas y aficionados, por haber sido madre de todas las demas escuelas de Italia. Los principales pintores de ella son:

Fra Bartolomeo della Porta, ó di San Marco .....	1517
Leonardo de Vinci .....	1519
J. Francisco Pontino .....	1528
Andres del Sarto .....	1530
Raccio Bandinelli .....	1555
Pontorno (Jacobo Carrucci) .....	1558
Francisco Salviati .....	1563
Miguel Angel Buonaroti .....	Id.
El Bronzino .....	1570
Jorge Vasari .....	1574
Allori (llamado tambien el Bronzino) ..	1607
Cardi da Gigoli .....	1613
Horacio Gentilesco .....	1646
Sieffano della Bella .....	1664
Benevenuto Cellini .....	1669
Pedro de Cortona .....	1669
Rosso, (llamado el maestro Rosso) .....	1686
Cádro Dolei .....	1686
Zuccarelli (Francisco) .....	1788

(Continuará.)

## EL CRIMINAL.

### ROMANCE.



Cox el semblante torvo,  
Los ojos brilladores,  
Los labios sin colores,  
La frente con sudor.  
Escucha el asesino  
Un grito prologado:  
*¡Infame, me has matado;  
Maldigate el Señor!*

La noche estaba lóbrega,  
La calle solitaria,  
Y daba la plegaria  
Su postrimer clamor.  
Cuando un hombre esclamaba  
Convulso y agitado:  
*¡Infame, me has matado;  
Maldigate el Señor!*

—¡Silencio!... que la ronda...  
Otro golpe, vibrando  
Entró al pecho rasgado  
El hierro matador.

—¡Piedad por Jesucristo!  
—¡Acaba, desdichado!...

—*¡Infame, me has matado;  
Maldigate el Señor!*

Corriendo el asesino  
Se aparta en un instante  
Del cuerpo agonizante  
Que yace en el dolor.  
Y oye el agudo grito  
Temblando y demudado:

*¡Infame, me has matado;  
Maldigate el Señor!*

Ningun viviente por la calle pasa;  
Todo es silencio, sombra y soledad;  
Ni una luz, ni una gente en puerta ó casa;  
El crimen se perdió en la oscuridad.

Pero las voces lóbregas del muerto  
Persiguen al malvado sin cesar,  
Lo mismo en la ciudad que en el desierto,  
Siempre las oye en su interior vibrar.

En sueños á su víctima responde;  
Empuña fiero el matador puñal;  
De la justicia tímido se esconde,  
¡Mas se esconde de Dios el criminal!

No; que implacable su existencia acusa  
Remordimiento lóbrego y atroz;  
Ni un momento descansa, ni reposa,  
Oyendo siempre la terrible voz.

Así al mortal el crimen arrebató  
La dulce paz del limpio corazón,  
Y lentamente á la existencia mata  
Del infeliz la horrible maldición.

Siempre en el aniversario  
De su ignorado delito,  
Oyó el asesino un grito,  
Aquel grito vengador.

Y al descender á la tumba  
Lo último que oyó el malvado,  
Fue la voz de *me has matado,  
Que te maldiga el Señor.*

M. PATNO.

## SPASMIENTOS.

¡Desdichada nación aquella en la que sus poetas, sus oradores, sus artistas, sus escritores eloquentes, no encuentran hechos gloriosos que les comuniquen inspiracion, ardor y elevacion de pensamientos!

El talento no debe alabar sino á la virtud. El Genio no debe derramar su esplendor sino sobre aquello que sea verdaderamente grande; y no hay grandeza verdadera sino donde un hombre extraordinario triunfa de las pasiones á que está sometido el vulgo de los hombres.